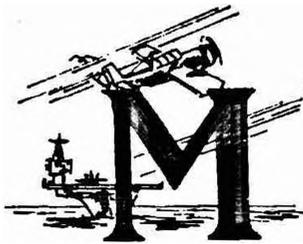


# EL FUTURO DEL PODER MARITIMO DE ESTADOS UNIDOS

Por  
Alte. Thomas B. HAYWARD  
Armada EE.UU.



E GUSTARIA empezar con una amplia revisión de las responsabilidades que tiene la Armada con el fin de proporcionar una pauta básica según la cual podríamos juzgar la suficiencia de nuestras fuerzas navales para satisfacer nuestras necesidades nacionales, y según la cual podríamos afrontar las interrogantes que se plantean los analistas en estos días, como por ejemplo ¿por qué necesitamos una Armada? y ¿qué tipo de Armada debería ser?

Un excelente punto de partida es un debate sobre el requerimiento norteamericano de "superioridad marítima". Quiero hacer énfasis en este punto de superioridad marítima porque es un concepto que no ha sido suficientemente reconocido en los últimos años. Sin embargo, es un elemento que debe formar la base de la planificación de todas nuestras fuerzas navales. Proporciona un modelo claro para medir la suficiencia de nuestras fuerzas navales actuales y en perspectiva. Lo contrario es "paridad marítima", o peor aún, "inferioridad". Ambas son nefastas según mi opinión y completamente contradictorias con los intereses más esenciales de este país.

La necesidad de superioridad marítima reconoce las realidades estratégicas de nuestra posición geográfica como una nación insular unida con los aliados de ultramar por dos extensos océanos, y que confronta a un gran poder terrestre que ha decidido, por razones propias, desafiar nuestra tradicional supremacía en el mar. No es sorprendente que los soviéticos lo consideren ventajoso, pues reconocen, como nosotros tenemos que hacerlo, que el control de los mares es absolutamente esencial para la supervivencia de EE.UU. como una entidad económica factible, así como para cualquier nación insular que quiere mantener su independencia y libertad de acción. Personalmente considero la superioridad marítima como el principio básico de nuestra estrategia nacional, en realidad, el fundamento sobre el cual se basan todos los otros aspectos.

Superioridad marítima no significa que debemos controlar todas las extensiones oceánicas simultáneamente. Sí significa que debemos controlar aquellas áreas que necesitamos usar en tiempo de paz y de guerra contra cualesquiera sean las fuerzas que puedan desafiar ese control. Estas áreas marítimas esenciales incluyen las áreas estratégicamente críticas de la periferia

euroasiática y las líneas de comunicaciones marítimas económicamente vitales de los Océanos Atlántico, Pacífico e Indico, de los cuales dependen bastante las avanzadas economías industriales de EE.UU. Europa Occidental y Japón. Al controlar los mares debemos recurrir a nuestros aliados y servicios gemelos para lograr un apoyo importante. Pero en el análisis final, EE.UU. debe tener la clara capacidad de prevalecer sobre cualquier adversario marítimo para proteger sus intereses en todo el mundo y para evitar acciones que pudieran llevar a una guerra mayor.

A mi juicio, eso es, en pocas palabras, en lo que consiste la superioridad marítima. Sin ella, no podemos ni dominar en tiempo de guerra ni proteger nuestros intereses en tiempo de paz.

En el área de la OTAN creo que en la actualidad casi universalmente se subentiende que la Armada de EE.UU. jugaría un papel crítico en el reforzamiento y reabastecimiento de las fuerzas aliadas en la Región Central si la guerra dura más que algunos días. En forma similar se reconoce el hecho que la Armada es apropiada para desempeñar un rol clave; algunos dirían que predominante, en la defensa y apoyo de los flancos de la OTAN que, bañados por los Mares Mediterráneo y "Noruego, son teatros con profundas ambigüedades marítimas.

Lo menos reconocido, en su debida oportunidad, es la importancia del rol que nuestra Armada tendría en los Océanos Pacífico e Indico durante una guerra de la OTAN, aunque debo confesar que con los graves efectos causados por los recientes disturbios en Afganistán, Irán y otros lugares del Medio Oriente, la gente está empezando a comprender lo que he estado tratando de decirles, y es que, existe una relación directa entre nuestros objetivos de seguridad en Europa Central y la estabilidad del Golfo Pérsico. Nunca deberíamos olvidar que en una guerra la Armada de EE.UU. enfrentaría a las grandes fuerzas aéreas y navales soviéticas, y tendríamos la responsabilidad predominante de no sólo asegurar el acceso de los aliados al petróleo del Golfo Pérsico sino también apoyar a las fuerzas y aliados de EE.UU. en el Pacífico Occidental, que es una de las fronteras estratégicas más importantes de los soviéticos. Si nosotros le restáramos importancia a esta vital región, las consecuencias serían incalculables y tendrían un impacto directo en el resultado de

una guerra entre la OTAN y el Pacto de Varsovia y en el equilibrio de poder posterior al conflicto.

En tiempo de paz, nuestra Séptima Flota, que opera en el Pacífico Occidental, y apoyada por todo el poder de la Flota del Pacífico de EE.UU., da crédito de nuestra bien repetida declaración que somos y pretendemos seguir siendo una potencia del Pacífico. Es la manifestación visible de nuestro compromiso con Japón, y claramente señala a China y a las otras naciones del Pacífico, que EE.UU. tiene y tendrá la capacidad para defender sus intereses, mantener estabilidad y equilibrio, y apoyar a sus amigos y aliados en esa parte del mundo. Nuestros despliegues de rutina en el Océano Indico, que incluyen un aumento periódico mediante un grupo de combate de portaaviones del Pacífico Occidental, demuestra claramente nuestra capacidad para controlar las líneas de comunicaciones marítimas del petróleo que son vitales para el mundo industrializado en general y para nuestros aliados europeos y japoneses en particular.

Podría esperarse que la capacidad para controlar las líneas de comunicaciones marítimas nunca tuviera que demostrarse en combate. Es obvio que mientras tengamos un claro margen de superioridad marítima, disminuirá considerablemente el incentivo para desafiar nuestra capacidad. Pero si ese margen se vuelve pequeño, no sólo invitamos al desafío sino, en un modo más sutil, debilitamos la fe que nuestros amigos y aliados tienen en nuestra capacidad para cumplir nuestros compromisos, y nos arriesgamos a efectuar profundos realineamientos políticos que estarían en total desacuerdo con nuestros más básicos intereses nacionales.

Por estas razones, pienso que es esencial que la Armada de EE.UU. no sólo cuente con la capacidad de dominar sobre cualquier retador marítimo sino que el resto del mundo reconozca que la tiene. Un leve margen de superioridad pone en peligro ambos objetivos. En realidad, hay muchas medidas subjetivas implicadas al calcular el poder marítimo relativo, de modo que un leve margen efectivamente no es ningún margen. Por este motivo, personalmente prefiero el término "supremacía marítima" para caracterizar la postura naval que requieren nuestros intereses nacionales, porque creo que connota un margen de superioridad substancial suficiente para dejar pocas dudas sobre el posible

resultado si fueran desafiadas las fuerzas navales de EE.UU. Una posición de supremacía marítima mejora considerablemente la disuasión mientras asegura un resultado favorable para nuestros intereses si ésta fallara.

Considerando los requerimientos impuestos a nuestras fuerzas en tiempo de paz y de guerra, hay varios principios básicos que pienso deben guiar la estructura y empleo de esas fuerzas. Los conceptos familiares de Control del Mar y Proyección de Poder, que han tenido cierta utilidad en el mundo analítico, no nos sirven para conocer el mundo real. Efectivamente tienen la posibilidad de confundir el problema sugiriendo que el Control del Mar y la Proyección de Poder están relacionados entre sí. El poder proyectado contra las fuentes del poderío naval soviético puede ser el camino más rápido y eficiente para lograr el control de los mares (en contraste con el simple concepto mantenido por muchos que el Control de Mar sólo significa escoltar convoyes a Europa).

Por eso me gustaría analizar varios principios fundamentales que creo son esenciales para una mayor comprensión de la supremacía naval como la he señalado.

El primero de estos principios es la premisa que cualquier conflicto entre la OTAN y el Pacto de Varsovia inevitablemente tendrá alcance mundial. Este principio concuerda con la doctrina soviética y con las realidades geopolíticas de los intereses soviéticos y occidentales que, en la guerra, chocarían en varios puntos alrededor de la periferia euroasiática. En el mar, una guerra entre la OTAN y el Pacto de Varsovia sería un conflicto multiocéanico, porque nuestras vitales líneas de comunicaciones marítimas pasan por los Océanos Atlántico, Pacífico e Índico y también por los Mares Mediterráneo y Noruego. Al mismo tiempo, en nuestros intereses está claramente el hecho de mantener una capacidad de ataque naval a nivel mundial que amenace a los posibles enemigos desde diferentes direcciones, asegurando a las fuerzas defensivas, complicando considerablemente los cálculos estratégicos y despliegues de fuerza del enemigo, y coartando su libertad de acción.

El segundo principio es que las fuerzas de la Armada de EE.UU deben ser capaces ofensivamente. El radio de acción geográfico de las responsabilidades de la Armada es bastante amplio, y sus fuerzas demasiado pequeñas para

adoptar una posición defensiva y reaccionar en un conflicto mundial con la Unión Soviética. No puedo creer que a los americanos les haya de gustar que su Armada sólo reaccionara ante la iniciativa soviética; que no tuviera la capacidad de ser enviada donde sea necesario, cualquiera que sean las condiciones, y sea capaz de sobrevivir y ganar esa batalla. Debemos combatir en los términos más ventajosos para nosotros. Esto requiere llegar hasta las fuerzas navales del enemigo con el objetivo de destruir lo antes posible su capacidad de interferir en el uso nuestro de las áreas marítimas esenciales para apoyar a nuestras fuerzas y aliados. Como lo sugerí anteriormente, en la mayoría de las circunstancias la pronta destrucción de las fuerzas navales contrarias representa el medio más económico y efectivo de asegurar el control de aquellas áreas marítimas requeridas para continuar exitosamente la guerra y apoyar la economía de guerra de los aliados y de EE.UU. Nuestras actuales capacidades navales ofensivas, centradas en las fuerzas de combate de portaaviones, son las más apropiadas para llevar a cabo esta estrategia.

El tercer principio está relacionado con el hecho que EE.UU es numéricamente inferior a nuestro principal adversario, y es probable que siga igual en el futuro próximo. Nuestra superioridad aérea táctica con base en tierra, nuestra superioridad tecnológica general y la sustentación de la flota de EE.UU compensan esta importante situación y actualmente proporcionan el margen decisivo sobre la Armada Soviética.

Es esencial que conservemos esta ventaja competitiva mientras seguimos dando énfasis al mantenimiento de la superioridad tecnológica.

El cuarto principio afirma que debemos explotar las desventajas geográficas soviéticas y continuar desplegando las fuerzas navales en lugares que nos den ventajas estratégicas. Es importante que hagamos comprender a los soviéticos que en la guerra no habrán refugios sagrados para sus fuerzas. El mantener a los soviéticos preocupados de asuntos defensivos, encierra a sus fuerzas navales en áreas cercanas a la Unión Soviética, limitando su eficacia en las campañas contra las líneas de comunicaciones marítimas u operaciones en apoyo de los ataques de ofensiva a los flancos de la OTAN u otras partes, como por ejemplo Medio Oriente o Asia.

El quinto principio reconoce que el actual pequeño margen de ventaja de la Armada de EE.UU requiere de todos los esfuerzos para integrar las importantes capacidades de las otras instituciones de EE.UU y de sus aliados en la campaña para derrotar a la Armada de la Unión Soviética y del Pacto de Varsovia. A este respecto, la tendencia sugiere una continuación de la división de trabajo existente, según la cual la Armada de EE.UU proporciona la mayor parte de las fuerzas ofensivas mientras los aliados complementan nuestras tuerzas con fuerzas de escolta de convoyes, de despeje de minas y de protección portuaria.

El sexto principio es que combatiremos en una guerra con lo que tengamos cuando comience, aumentado por la Reserva Naval, lo que incrementará nuestras capacidades en algunas áreas de guerra especializada y proporcionará cierto aumento de unidades y personal para las fuerzas activas. Como dice el general Haig, será una guerra "en que los contrincantes participarán con los elementos que tengan en el momento de iniciarse las hostilidades". En vista de la gran demora en la producción de los complejos buques y aviones actuales, ninguna de las partes tendrá una importante posibilidad de reconstituir las principales unidades navales, aun si la guerra fuera relativamente prolongada.

Por lo tanto, todo enfrentamiento bélico importante debe ser considerado como potencialmente decisivo en cuanto a su impacto en el equilibrio naval; y todas las unidades navales de EE.UU deben tener la capacidad ofensiva máxima que podamos tener de acuerdo con su misión. También significa que nuestra total estructura de fuerza en tiempo de paz, incluyendo el importante refuerzo representado por la Reserva Naval, debe ser suficiente en tamaño, capacidad y alistamiento para vencer en la guerra. Habrá pocas posibilidades de ampliarla significativamente una vez que la guerra haya comenzado.

El séptimo principio es que los comandantes navales de EE.UU deben regirse por el concepto de riesgo calculado. Es decir, en la guerra deben seleccionarse las oportunidades de enfrentamiento que ofrecen índices de desgaste claramente favorables a EE.UU. Este es un punto muy importante para cualquier Armada que no tenga superioridad numérica necesaria para asegurar un confiable margen de superioridad. Ustedes pueden recordar que fue el principio seguido por los almirantes Nimitz y Spruan-

ce en la batalla de Midway, que entonces Spmanee tradujo en una brillante victoria táctica, que demostró ser el punto decisivo de la campaña naval del Pacífico. Dada la naturaleza del equilibrio naval de EE.UU-Umón Soviética y nuestra esencial incapacidad para reponer las bajas producidas durante la guerra, la obtención de índices de desgaste claramente favorables ofrece la única posibilidad de derrotar progresivamente a la Unión Soviética en una guerra mundial en el mar. Incluso una relación de uno a uno es una estrategia para la derrota.

El último principio tiene relación con la idoneidad de nuestras fuerzas restantes. Aunque muchas veces en la planificación no se considera, el equilibrio de fuerzas existente al término de un conflicto entre la OTAN y el Pacto de Varsovia sería de vital importancia para determinar no sólo el establecimiento sino también la protección de los intereses vitales norteamericanos en un mundo que sería altamente inestable y propenso a conflictos. La inherente movilidad de las fuerzas navales y su relativa falta de necesidad de bases terrestres, las haría particularmente útiles en este tipo de ambiente posterior al conflicto. Hasta el momento no me he referido al asunto de las capacidades navales soviéticas. Se que ustedes están al tanto de las tendencias en esa área y sus inciertas implicancias, particularmente cuando se comparan con la proyectada postura de la Armada de EE.UU después de 1985. La inclinación proyectada por el actual plan a 5 años de construcción naval pronostica una inevitable baja en el tamaño de la Armada, comenzando a mediados de la década de 1980. Al mismo tiempo, la Unión Soviética esta embarcada en un agresivo programa para ampliar la calidad y cantidad de sus fuerzas navales de alta mar (incluyendo la aviación naval), aumentarsu alcance y resistencia, y optimizar sus capacidades de combate contra la Armada de EE.UU. Este cuadro es de un programa dinámico para aumentar las capacidades soviéticas en operaciones ofensivas mundiales. Este esfuerzo es respaldo por una base de construcción de submarinos y aviones y un programa de inversión naval con un gran financiamiento. Como podría esperarse, dada la meta soviética de cambiar el equilibrio naval, la tendencia en la construcción naval soviética es mucho mayor, más cara y de unidades más capaces. El crucero nuclear de 25 a 30 mil toneladas que creemos se está construyendo en el Báltico (con el doble de ta-

maño que nuestros cruceros nucleares con misiles dirigidos); el buque de asalto anfibio "Ivan Rogov"; el portaaviones tipo "Kiev"; el buque de reabastecimiento submarino tipo "Berezhina", y el submarino nuclear con misiles balísticos "Delta III", como los principales ejemplos, señalan el tipo de prioridad que el almirante Gorshkov ha determinado como el apropiado para su Armada.

Considerando las implicancias que lo anterior tiene en nuestra postura naval, pienso que se desprenden varias conclusiones.

Primero, esta amenaza realmente nos obliga a buscar sofisticación en nuestras propias fuerzas navales. No hay ningún método barato o fácil para salir de la situación en que nos colocan los soviéticos. Debemos controlar los mares para sobrevivir. Los soviéticos no lo necesitan, pero el hecho de ganar el control les daría una gran ventaja estratégica, y lo reconocen claramente. Han invertido bastante, y siguen haciéndolo, en fuerzas altamente capaces diseñadas para arrebatar nos el control. Debemos responder con fuerzas capaces de vencer esa amenaza. No tenemos ningún control sobre el tamaño o sofisticación de la Armada soviética; solamente podemos sentarnos a mirar como crece. Al mismo tiempo, la única alternativa que tenemos es responder a la amenaza soviética con tuerzas que claramente cumplan con el requisito de capacidad, y consecuente sofisticación, y probablemente gasto.

La segunda conclusión es que en cualquier eventualidad la calidad no puede ser cambiada por cantidad, al menos no en los niveles fiscales actuales. Fácilmente podemos establecer un requerimiento de mayores cantidades de buques, pero lograr la cantidad a costa de la calidad (que es otro nombre para capacidad) simplemente induce a la derrota gradual de las unidades que en forma individual o colectiva son incapaces de hacer frente a la amenaza. Desgraciadamente, esta conclusión se contradice con la interesante proposición de que la posición de la futura fuerza de la Armada Norteamericana debería basarse en una mayor cantidad de buques, más baratos, más pequeños y de menor capacidad.

La tercera conclusión es que 12 grupos de combate de portaaviones representan la capacidad mínima absoluta para efectuar nuestras misiones en tiempo de paz y de guerra. Nuestras fuerzas actuales y su tripulación deben so-

portar una fuerte tensión en el cumplimiento de las misiones en tiempo de paz. Se verían sumamente exigidos para llevar a cabo sus misiones en tiempo de guerra. En efecto, tendríamos que confiar en las campañas secuenciales para reducir la amenaza y a continuación obtener el control de las áreas marítimas esenciales, con todo el riesgo e incertidumbre que este enfoque implica. Mientras la cantidad de nuestros buques aumentará a corto plazo a medida que las fuerzas previamente financiadas entren en el inventario, la tendencia proyectada por el nivel de construcción incluido en los presupuestos de este año y del año pasado pronostica una inevitable disminución de las cantidades totales de buques cuando el impulso de las inversiones de los años anteriores empiece a debilitarse.

La cuarta conclusión es que debemos incentivar a nuestros aliados para que contribuyan más en el aspecto naval en las áreas que describí anteriormente, donde sus capacidades efectivamente complementan las nuestras. Esto puede ayudar a suplir nuestras insuficiencias cuantitativas, y a agregar capacidad en áreas especializadas (como guerra de minas); pero deberíamos reconocer en forma práctica que sólo se sumará marginalmente a nuestra capacidad de acción ofensiva contra las principales fuerzas de combate de la Armada Soviética.

La quinta conclusión es que debemos hacer que la obtención de una capacidad de neutralización considerablemente mayor en nuestros sistemas de armas sea un objetivo importante, a largo plazo, para destruir las plataformas de lanzamiento soviéticas antes que lleguen a la distancia de ataque de nuestras fuerzas. Al mismo tiempo, deberíamos esforzarnos por distribuir nuestra propia capacidad ofensiva entre un mayor número de plataformas, en la medida que podamos hacerlo dentro de nuestros recursos disponibles y, más importante aún, sin reducir la capacidad total de ataque de nuestros grupos de combate.

La conclusión final, que claramente se deduce de todas las otras, es que cualquier cambio importante en la estructura de nuestra fuerza naval será de naturaleza evolutiva. Nuestra principal meta debe ser mantener la capacidad esencial de nuestros 12 grupos de combate y su reacción ante la amenaza. Efectivamente el margen fiscal para desarrollo y despliegue de plataformas y sistemas radicalmente nuevos será pe-

queno, limitando bastante nuestra capacidad para hacer grandes innovaciones. Esto significa que debemos seleccionar cuidadosamente aquellas iniciativas que ofrecen resultados significativos, tales como aviones de despegue y aterrizaje no convencional; y ponerlos en práctica en forma deliberada y bien estructurada con el fin de maximizar el resultado tecnológico potencial obtenido con nuestra inversión.

En resumen, debemos seguir introduciendo sofisticación y sistemas altamente eficientes en nuestros buques y aviones para responder a una amenaza cada vez mayor. No podemos ignorar una evaluación realista de las capacidades soviéticas. Las unidades que no pueden responder en buena forma a la amenaza son en cierto sentido las peores, porque dan una idea falsa de nuestras capacidades totales con respecto a las soviéticas. Esto significa que generalmente la calidad no puede ser cambiada por cantidad. Al mismo tiempo, la cantidad es importante y evidentemente hay un número mínimo absoluto de unidades de combate para operar sin peligro.

A mi juicio, con 12 grupos de combate hemos llegado a ese límite. Los aliados pueden

y deben complementar nuestras capacidades en áreas importantes, pero la realidad es que no es probable que lo hagan en forma significativa para hacer frente a las principales fuerzas de ataque de la Armada Soviética. Mirando al futuro, es evidente que debemos acentuar una mayor capacidad de neutralización y examinar detalladamente el potencial de la aviación de despegue y aterrizaje no convencional: as podemos identificar y sacar provecho de las vías tecnológicas mas prometedoras para el progreso de la estructura de nuestra fuerza. Sin embargo, el cambio inevitable de nuestra fuerza se producirá en forma paulatina.

El problema esencial es ¿que debemos hacer para asegurar que mantenemos un claro margen de superioridad sobre un serio y decidido competidor que comprende perfectamente la importancia del poder marítimo en el equilibrio estratégico mundial?

Espero que los conceptos anteriores proporcionen algunas ideas convenientes para las consideraciones principales que pienso deben guiar nuestras futuras decisiones sobre la estructura de la fuerza naval.

De "Proceedings"

